

**REALISMO ESENCIALISTA Y NOMINALISMO
IRREALISTA. ACERCA DE LA OBJETIVIDAD
DEL CONOCIMIENTO DEL MUNDO**

Antoni Defez i Martín

RESUMEN: En este escrito se analiza el problema de la objetividad del conocimiento desde la actual polémica entre las llamadas posiciones realistas y antirrealistas. En concreto, se presenta y critica el realismo esencialista de S. Kripke y el irrealismo nominalista de N. Goodman, proponiéndose como alternativa a ambos extremos el realismo sin empirismo del último Wittgenstein.

¿Qué credenciales podemos tener para creer que el mundo es tal y como lo conocemos? Esta cuestión, que resume lo que es el problema filosófico acerca de la objetividad del conocimiento, es sin duda una vieja cuestión. Sin embargo, y a pesar de su avanzada edad, es todavía hoy tema de controversias, como lo atestigua la contemporánea polémica entre las que han venido en llamar-se posiciones realistas y antirrealistas¹. Consideremos, por ejemplo, un enunciado como «El agua es H₂O». Siguiendo a Dummett, un realista tenderá a afirmar que un enunciado como éste tiene un valor de verdad y un significado que son independientes tanto de las evidencias que poseamos para el establecimiento de su valor de verdad, como de los criterios que tengamos para su uso. Por su parte, un antirrealista tiende a afirmar lo contrario: que el valor de verdad y el significado de un enunciado como el mencionado dependen de las evidencias que tengamos para determinar su valor de verdad y de los criterios que fijan su uso. Como vemos, la disputa entre un realista y un antirrealista no versa acerca del valor de verdad

¹ Vid., Dummett, M.: «Realismo» (1963), en *La verdad y otros enigmas* (1978), F.C.E., México, 1990, pp. 220-242; también, «Realism» (1982) y «Realism and Anti-Realism» (1992), en *The Seas of Language*, Clarendon Press, Oxford, 1993, pp. 230-276 y 462-478.

de nuestros enunciados -ambos coinciden en afirmar que «el agua es H₂O» es verdadero-, sino en cómo interpretar las nociones de verdad y de significado que cabe atribuir a los enunciados verdaderos².

Entrando en más detalles, digamos que un antirrealista *debe afirmar* que el enunciado «el agua es H₂O» es una mera generalización empírica y, por tanto, una verdad contingente. Aceptado esto, tendríamos, no obstante, varias posibilidades para explicar su significación: por ejemplo, y como diría un positivista, que ésta coincide con los métodos de su verificación; o, siendo refractarios al verificacionismo atomista, podría decirse, aceptando el holismo extensional de Quine, que su significación depende del todo de la teoría del que forma parte; o, incluso, podríamos decantarnos hacia un holismo más pragmático al estilo wittgensteiniano, y afirmar que es en la praxis lingüístico-social en la que tienen su uso los términos «agua» y «H₂O» -o, mejor, en las condiciones de aserción del enunciado «el agua es H₂O»- donde reside su significación. Por su parte, un realista *puede afirmar* que nuestro enunciado expresa una verdad necesaria que es independiente de nuestras evidencias a su favor o del resto de nuestros conocimientos, sistemas de descripción o prácticas lingüísticas; en consecuencia, su significado cabría buscarlo sólo en función de las realidades que denotan las expresiones «agua» y «H₂O».

Fijémonos en el hecho de que hemos caracterizado al realista con un «puede afirmar» lo que afirma, mientras que al antirrealista lo hemos presentado mediante un «debe afirmar». La

² Es posible presentar estas diferencias en función de la aceptación o no del llamado principio de bivalencia o de tercio excluso: $p \vee \neg p$. Así, diríamos que el realista tiende a aceptar de forma irrestricta la validez del principio de bivalencia, pues, en su opinión, un enunciado tiene un valor de verdad independientemente del hecho de que nosotros sepamos cuál sea éste o, incluso, al margen de si nosotros sabemos de la existencia de dicho enunciado. Por su parte, el antirrealista tenderá a aceptar el principio de bivalencia de una manera restringida: este principio sólo será aplicable en el terreno de lo que para nosotros es verificable, es decir, al ámbito de nuestras evidencias.

razón no es cualquier razón. Un antirrealista, so pena de convertirse en realista, no puede pretender que el enunciado «el agua es H₂O» sea una descripción de la realidad (el agua) en sí misma, sino algo mucho más débil: que es una afirmación hecha desde las evidencias de que disponemos o que, simplemente, es un enunciado que nos es altamente útil³. A su vez, el realista podría afirmar que el enunciado «el agua es H₂O» es una verdad contingente que, tal vez, nos dice cómo es la realidad en sí misma, aunque no tengamos medios -como diría Popper desde su realismo hipotético- para saber que así sucede; pero el realista también puede afirmar que nuestro enunciado es, como decíamos antes, una verdad necesaria producto del descubrimiento de lo que es el agua en sí misma. En suma: existen varias maneras de ser realista y de ser antirrealista. Y, claro está, las hay en más o en menos grado. Nosotros, aquí, presentaremos solamente dos versiones recientes que expresan, respectivamente, un máximo de realismo y un máximo de antirrealismo: la primera es el realismo esencialista de S. Kripke, que puede contar como una versión semántica de la teoría del ojo de dios; la otra, cercana al ficcionalismo, es el irrealismo defendido por N. Goodman⁴. Para acabar, destacaremos el

³ Podría dar la impresión que la posición antirrealista es el fondo una especie de realismo metafísico, pues si decimos que «el agua es H₂O» es sólo una verdad obtenida a partir de nuestras magras evidencias, parece que estemos presuponiendo que hay otra manera de saber qué es el agua, y que tiene sentido preguntarse cómo es el agua en sí misma. Pero, esto no tiene por qué ser así. O mejor sólo lo sería si a la anterior caracterización añadimos la significatividad del reto escéptico que pone en cuestión nuestro conocimiento actual del agua a partir de las magras evidencias de que disponemos. Sucede, sin embargo, que el antirrealista no tiene por qué aceptar que las dudas del escéptico sean significativas, ya que, en su opinión, toda duda es siempre parasitaria del conocimiento. En consecuencia, el antirrealista tenderá a negar que el escéptico tenga derecho a formular sus dudas, pues éstas, al pretender ir más allá de las condiciones de uso de las expresiones que las configuran, devienen afirmaciones incomprensibles -de hecho, para el antirrealista, el escepticismo sería una de las maneras en que puede presentarse el realismo metafísico. Ahora bien, el antirrealista podría simplemente reprimir el uso de la expresión «el agua en sí misma» y, no obstante, aceptar la significatividad de la expresión «el agua más allá de nuestras evidencias actuales». Todo esto, sin embargo, muestra que el antirrealismo es una posición inestable que o bien conduce a un irrealismo verificacionista o bien nos lleva, al aceptar de alguna manera el principio de bivalencia, a algún tipo de realismo no metafísico, por ejemplo, el realismo sin empirismo del último Wittgenstein. (Vid., Dancy, J.: *Introducción a la epistemología contemporánea* (1985), Tecnos, Madrid, 1993, pp. 31 y ss.).

⁴ Como es fácil de entender las de Kripke y Goodman no son las únicas propuestas recientes de realismo y antirrealismo. Así, entre las filas de este último, y dejando de lado los casos ya clásicos del positivismo lógico, del segundo Wittgenstein y de Quine, cabría colocar también a R. Rorty con su pragmatismo postmoderno que apuesta por una cultura post-filosófica. [Vid. Rorty, R.: *Philosophy and the Mirror of Nature*, Princeton Univ. Press, 1980; *Consecuencias del pragmatismo* (1982), Tecnos, Madrid, 1995; *Contingencia, ironía y solidaridad* (1989), Paidós, Barcelona, 1991, y *Ensayos sobre Heidegger y otros pensadores* (1991), Paidós, Barcelona, 1993.] Por su parte, en el bando realista, además del realismo hipotético de K, Popper y de las versiones dominantes en la Teoría evolucionista del conocimiento (vid., p.e., Pacho, J.: *¿Naturalizar la razón? Alcance y límites del*

realismo sin empirismo del último Wittgenstein que muy bien podría ser calificado de realismo antirrealista o, con igual motivo, de antirrealismo realista.

EL REALISMO ESENCIALISTA DE KRIPKE

Por lo que respecta a Kripke, debemos señalar que las preguntas que mueven su reflexión no son *prima facie* las que corresponderían a la cuestión de la objetividad del conocimiento, sino que proceden de sus análisis de la lógica modal. No obstante, su teoría causal de la referencia, su tratamiento de la identidad y su concepción de la verdad hacen que el suyo sea un planteamiento paradigmático respecto a nuestro problema⁵. Pues bien, es posible presentar las preocupaciones que animan a este autor de la siguiente manera: dado que gran parte de las afirmaciones que ordinariamente realizamos sobre el mundo versan sobre entidades-masa, clases naturales e individuos, parece legítimo que nos preguntemos por los criterios de aplicación de los conceptos de masa, de clases naturales y de individuos. Planteado con un

Naturalismo Evolucionista, Madrid, S. XXI, 1995), encontramos a Th. Nagel con su vuelta a una filosofía con sujeto que reclama un ámbito de objetividad para la esfera de lo subjetivo y privado (vid., Nagel, TH.: *Mortal Questions*, Cambridge Univ. Press, London, 1979; «The Objective Self», en Ginet, C., & Shoemaker, S. (eds), *Knowledge and Mind*. Univ. Press, Oxford, 1983; «What is it like to be a Bat» (1974), en Block, N. (ed.), *Readings in Philosophy of Psychology*, Methuen, London, 1980, vol. I, pp. 159-168, y *The View from Nowhere*, Univ. Press, Oxford, 1986). Igualmente, también cabe incluir en el realismo la Teoría Causal del Conocimiento y, más en concreto, la versión defendida por E. Sosa, que hace del escepticismo una posición filosóficamente ineliminable (vid., Sosa, E.: *Conocimiento y virtud intelectual*, FCE-UNAM, México, 1992). Por último, señalemos que el caso de Putnam es especial: comenzó en la década de los 70, junto a Kripke, defendiendo el realismo, pero con el tiempo se habría ido inclinando hacia un realismo deficiionario que denomina «realismo interno» cada vez más cercano al antirrealismo (vid., referencias y bibliografía más abajo).

⁵ Vid. Kripke, S.: *Naming and Necessity* (1972), Basil Blackwell, Oxford, 1980; e «Identity and Necessity» (1971), en Schwartz, S. P. (ed.), *Naming, Necessity and Natural Kinds*, Cornell Univ. Press, Ithaca, New York, 1977. (Para un tratamiento de la relación de la semántica kripkeana con sus trabajos de lógica modal, vid. Nubiola, J.: *El compromiso de la lógica modal Estudio de Quine y Kripke*, EUNSA, Pamplona, 1984. Asimismo, para una ubicación de los análisis de Kripke en lo que ha sido la filosofía del lenguaje reciente, vid., Acero, J.J., *Lenguaje y Filosofía*, Octaedro, Barcelona, 1993. En este sentido también son recomendables los artículos que configuran el número monográfico que recientemente la revista *Teorema* ha dedicado a la filosofía kripkeana (vid., *Teorema*, vol. XVII/I, Tecnos, Madrid, 1998).

interrogante: ¿qué garantiza nuestra identificación y reidentificación correcta de estos tipos de realidades? La respuesta de Kripke la encontramos en sus tesis semánticas.

Kripke elabora una semántica que se opone a los análisis que dominaron la filosofía analítica a mediados del siglo xx, volviendo en parte a las tesis de S. Mill. El concepto clave de su concepción es el de designador rígido (D.r.), categoría que abarca toda expresión que designa el mismo objeto en todos los mundos posibles donde existe (o existiese) tal objeto: el caso paradigmático es el de los nombres propios⁶. Hasta aquí Kripke no va más lejos que Mill; sin embargo, donde se diferenciará de éste último es en su tratamiento de los nombres comunes. Este tipo de expresiones, que incluyen nombres de masa y expresiones para clases naturales y fenómenos físicos y mentales (p.e.: «agua», «tigre», «temperatura», «dolor», «H₂O», «movimiento molecular», etc.), en opinión de Kripke, se comportan de una manera semejante a los nombres propios, cosa que los convierte también en Ds.rs. Ahora bien, dado que en este caso la referencia no podrá ser un objeto determinado, según Kripke, lo designado serán las propiedades esenciales de los objetos o fenómenos en cuestión -propiedades que estarán presentes en todos los mundos posibles donde se den tales realidades. Es más, las expresiones lingüísticas de estas propiedades serán también Ds.rs.: p. ej., «H₂O» sería el D.r de la molécula H₂O.

El caso contrario a los Ds.rs. es el de las descripciones definidas que funcionan como designaciones accidentales de sus objetos, ya que las propiedades que enuncian no tienen por qué ser verdaderas del objeto en todos los mundos posibles. Por ejemplo, la propiedad expresada por la descripción definida «el animal que tiene la piel a rayas» no tiene por qué ser

⁶ También se incluyen en esta categoría los demostrativos, las variables libres del cálculo de predicados y las descripciones definidas que refieren a su objeto mediante su propiedad esencial (p.e.: «la raíz cuadrada de 25» respecto del número 5).

verdadera de los tigres en otro mundo posible distinto del nuestro, al igual que tampoco tiene por qué ser del agua la propiedad de ser un líquido que cae del cielo. Así, ya que es concebible un mundo donde existiesen tigres sin tener la piel a rayas o un mundo en el que el agua no cayese del cielo en forma de lluvia, expresiones como «el animal que tiene la piel a rayas» o «el líquido que cae del cielo» no son Ds.rs., sino designadores no rígidos (Ds.n.rs).

Una consecuencia importante de la distinción entre Ds.rs y Ds.n.rs. es que los últimos no pueden servir para fijar la referencia de los primeros. O dicho de manera más general: aquello que fija la referencia de los Ds.rs no es la intensión, es decir, ni su posible connotación, ni los contenidos descriptivos que puedan acompañar su uso. Si en alguna ocasión un D.r. tiene connotación -como, p. ej.: «Buenos Aires» o «H₂O»-, ésta será absolutamente irrelevante para fijar la referencia. Asimismo, tampoco los contenidos descriptivos -las descripciones contingentemente verdaderas de un objeto dadas bajo la forma de Ds.n.rs- serán capaces de ello, ya que podrían ser falsos, pues si son verdaderos sólo lo son accidentalmente. Kripke no niega que existan tales contenidos descriptivos, y que en ocasiones los usemos para aislar y referir entidades, o incluso para introducir un D.r.; lo que no acepta, sin embargo, es que el éxito referencial de los Ds.rs. dependa de tales contenidos descriptivos⁷. Pero, en ese caso ¿qué fija la referencia de los Ds.rs? ¿de qué depende su uso referencial exitoso? ¿qué garantiza nuestra capacidad de hacer identificaciones de entidades? Vayamos por partes. Según Kripke, la referencia de los Ds.rs. estaría fijada por la realidad misma o, mejor, por los segmentos de realidad que nombran. En segundo lugar, el uso exitoso de los Ds.rs. depende de la existencia

⁷ Kripke tiene en el punto de mira de sus críticas no sólo la semántica de Frege, sino también las consideraciones que sobre el significado y la referencia habían hecho sus seguidores no platonizantes, por ejemplo, el segundo Wittgenstein, Strawson y más recientemente Searle, para los cuales *grosso modo* la intensión sería el camino de la referencia. [Vid., por ejemplo, Frege, G.: «Sobre Sentido y Referencia» (1892), en *Escritos lógico-semánticos*, Tecnos, Madrid, 1974; Wittgenstein, L.: *Investigaciones Filosóficas* (1953,1967), UNAM-Crítica, Barcelona, 1988, #37 y ss.; Strawson, P. F.: *Individuals*, Methuen, London, 1959, pp. 19 y ss.; Searle, J. R.: «Proper Names

de cadenas causales que, a partir de un bautismo inicial, transmitirían histórica y socialmente su uso y referencia. Este uso referencial, con el tiempo, habría llegado a nosotros y a manos de los científicos; y éstos habrían logrado, en algunos casos, una determinación más precisa -tal vez la definitiva- de la esencia de las entidades referidas inicialmente a través de un D.r. ordinario⁸.

Pero reparemos en esta última circunstancia: que son los científicos los que determinan la naturaleza -las propiedades esenciales- de las realidades referidas por los Ds.rs. Esta tarea dará lugar a identidades teóricas y se llevará a cabo mediante enunciados de identidad, enunciados que además permitirán la identificación de entidades en otros mundos posibles distintos del nuestro⁹. Por ejemplo, si disponemos de la identidad del agua con la molécula H₂O, entonces estaremos en condiciones de decir si un líquido en otro mundo posible, pese a sus apariencias, es o no agua. Ahora bien, ¿cómo podemos saber que una identidad en nuestro mundo se mantendrá en cualquier mundo posible? La solución de Kripke a este interrogante depende de su análisis de las categorías del concepto de verdad. Kripke, a tal efecto, distingue los

and Descriptions», en P. Edwards, *The Encyclopedia of Philosophy*, Macmillan, London, 1966, y Searle, J. R.: *Actos de habla* (1968), Cátedra, Barcelona, 1980, pp. 166 y ss.).

⁸ Putnam, haciendo uso de sus famosos ejemplos de las Tierras Gemelas, articuló la tesis de Kripke bajo los dos lemas siguientes: «los significados no están en la cabeza» y «la intensión no determina la extensión». Según Putnam, ni los contenidos psicológicos de los hablantes, ni los contenidos descriptivos lingüísticos o estereotipos de que pueden hacer uso los hablantes son lo que fijan la extensión. Por el contrario, la referencia quedarla fijada solamente en función del entorno físico -la realidad-, siendo establecida por los expertos -normalmente los científicos- en virtud de la división social del trabajo lingüístico [Vid., Putnam, H.: «Meaning and Reference» (1973) y «The meaning of "meaning"» (1975), en *Mind, Language and Reality*, Cambridge Univ. Press, London, 1975]. Recientemente, Putnam y Searle han debatido sobre el problema de si los significados se encuentran o no en la cabeza de los hablantes. Putnam defiende su posición externalista, mientras que Searle mantiene un intemalismo semántica argumentando que son, no los estados psicológicos, pero sí las intensiones o los contenidos intencionales de estos estados (que son causalmente autorreferenciales) los que fijan las extensiones de nuestros términos, ya que las intensiones establecen las condiciones que debe cumplir una entidad para formar parte de una determinada extensión. En consecuencia, para Searle los significados sí están en la cabeza de los hablantes y, por tanto, también en la de los expertos putnamianos. (Vid., Putnam, H.: *Reason, Truth and History*, Cambridge Univ. Press, 1981, Caps. 1-3 y *Representation and Reality*, MIT, 1988, Caps. 1 y 2; Searle, J.: *Intentionality. An Essay in the Philosophy of Mind*, Cambiidge Univ. Press, 1983, Caps. 8-9).

⁹ Kripke mantiene una actitud nominalista respecto de los mundos posibles, sin aceptar un realismo que, como en el caso de Lewis, sí afirma su existencia. (Vid., Lewis, D.: *Counterfactuals*, Havard Univ. Press, Cambridge,

conceptos de necesario y *a priori* que, en su opinión, no son sinónimos: *a priori* es un concepto epistemológico que, como *a posteriori*, hace referencia al modo en que se ha obtenido un determinado conocimiento; «necesario», por contra, es un concepto metafísico que indica la imposibilidad de que, bajo condiciones contrafácticas, cierta verdad resulte una falsedad. Pues bien, esta distinción le permite a Kripke aceptar la existencia de verdades necesarias *a posteriori* que serían enunciados de identidad necesaria (E.I.N.), y que tendrían como ejemplo paradigmático las identificaciones teoréticas de la ciencia, es decir, las llamadas identidades sintéticas de propiedades.

En concreto, las identidades necesarias *a posteriori* son aquellas en las que los conceptos involucrados son Ds.rs., y la identidad, claro está, es verdadera: por ejemplo, «el agua es H₂O», «la temperatura es el movimiento molecular» o «el oro tiene un peso atómico de 79». Se trata de identidades necesarias porque en cualquier mundo posible un líquido que no fuese H₂O no lo consideraríamos agua, un fenómeno que no fuera movimiento molecular no lo llamaríamos temperatura, o un metal que no tuviese un peso atómico de 79 no lo aceptaríamos como oro. Asimismo, son verdades *a posteriori* porque las hemos obtenido mediante descubrimientos científicos y no por simple análisis conceptual o estipulaciones *a priori*. Por su parte, un enunciado de identidad donde intervenga algún D.n.r., aunque sea verdadero, será un enunciado de identidad contingente (E.I.C.): por ejemplo: «el agua es un líquido que cae del cielo» sería una identidad contingente, porque en otros mundos posibles el agua podría no caer del cielo en forma de lluvia¹⁰.

1973, pp. 84 y ss., y «Counterpart Theory and Quantified Modal Logic», en *Philosophical Papers*, vol. I, Oxford Univ. Press, 1983.)

¹⁰ La semántica de Kripke también dejaría lugar a la existencia de verdades contingentes *a priori*. El procedimiento sería el siguiente: si poseemos una descripción definida -«el F»- que refiere de forma no rígida a un determinado objeto x, podemos estipular que «x» sea el D.r. que actúa como nombre de x. Entonces, según Kripke, una proposición como «x es el F» sería, de ser verdadera, una verdad contingente *a priori*. Consideremos el caso del descubrimiento de Neptuno: Le Verrier estipuló *a priori* que aquel planeta desconocido que parecía ser

Un planteamiento de este tipo nos lleva, claro está, al realismo esencialista. Apelar a mundos posibles implica tener que resolver cuestiones relativas a la identificación transmundana. Y, como estamos viendo, Kripke considera que esta identificación siempre se realiza, en última instancia, a través de las propiedades esenciales de las entidades y de los fenómenos, propiedades que vienen expresadas lingüísticamente por Ds.rs. La identificación transmundana no se realizará nunca a través de Ds.n.rs., ya que éstos últimos sólo nos ofrecen propiedades accidentales que en otros mundos posibles podrían no ser verdaderas de sus referentes. En este sentido, para Kripke, no sólo H₂O y el movimiento molecular son respectivamente las propiedades esenciales del agua y de la temperatura, sino que la información genética sería la propiedad esencial de cada organismo, y una determinada estructura molecular la de cada objeto físico¹¹. Ahora bien, si la identificación transmundana se realiza mediante Ds.rs., entonces el mundo debe consistir en propiedades que se mantienen idénticas a sí mismas bajo cualquier cambio posible: éstas serían las propiedades esenciales de los individuos, las de las entidades masa, las de las clases naturales y las de los fenómenos físicos y mentales. Y, así, se entiende por qué las identificaciones teoréticas han de ser necesarias, si son verdaderas: en los

la causa de las discrepancias orbitales de Urano se llamarla «Neptuno»; sin embargo, Galle en 1846 podría no haber descubierto ningún planeta detrás de Urano, sino que las discrepancias orbitales de éste tenían otro tipo de causas. Por ello, según Kripke, la proposición «Neptuno es el planeta que causa perturbaciones inesperadas en la órbita de Urano», al ser verdadera, es una verdad contingente *a priori*. Las verdades contingentes *a priori*, para Kripke, serían uno de nuestros procedimientos que seguimos para introducir un D.r. No siempre hace falta una bautismo de tipo «aquí el nombre-aquí el objeto»; en ocasiones, podríamos tener un bautizo, digamos, diferido o por poderes del tipo «aquí el nombre-el objeto ya vendrá». Pues bien, en este caso como en los anteriores el D.r. que se introduce no sería equivalente, según Kripke, a una abreviatura de las descripciones definidas que hemos utilizado para introducirlo. Por ello, sería un auténtico D.r.: podría designar al mismo objeto en otros mundos posibles donde las descripciones utilizadas fuesen falsas. Así, «Neptuno» designaría a Neptuno, si existiese Neptuno, aunque no fuese la causa de ninguna perturbación orbital. [Para una crítica a Kripke sobre que éste sea un procedimiento efectivo para introducir un D.r., y que consiguientemente produzca verdades contingentes *a priori*, vid., Donnellan, K. S.: «The Contingent *A priori* and Rigid Designators», en French, P. A., & Uehling, TH. E., & Wettstein, H. K., (eds.), *Contemporary Perspectives in the Philosophy of Language*, Univ. of Minnesota Press, Minneapolis, 1979].

¹¹ Y algo similar cabría decir de los estados mentales y de las personas consideradas en tanto que sujetos de conciencia. En ambos casos, también, nos encontraríamos ante propiedades: por ejemplo, la propiedad «la sensación del dolor» o la propiedad «ser Aristóteles en tanto que poseedor de estados de conciencia».

enunciados de identidad que las expresan identificamos un D.r. con otro D.r., siendo el caso que el segundo, como resultado de una investigación *a posteriori*, lo hace designando la propiedad esencial de la entidad que ordinariamente era ya referida por el primero. Ahora bien, esta concepción semántica tiene también su reverso epistémico: el conocimiento, para Kripke, tendría como objetivo el descubrimiento *a posteriori* de verdades necesarias acerca del mundo o, si se quiere, el descubrimiento de las propiedades que constituyen el mundo y que son aquellas que soportan una identidad transmundana.

Como estamos viendo, el de Kripke es un planteamiento modal que, a partir de consideraciones semánticas, obtiene consecuencias ontológicas y epistemológicas realistas. En concreto, Kripke intenta dar carne filosófica a lo que parecen ser intuiciones ordinarias muy acreditadas: que la realidad existe por sí misma con una estructuración ontológica determinada, previa e indiferente a nuestro trato epistémico con ella; que existe un conocimiento de la realidad que sería el conocimiento de la realidad; que este conocimiento consiste en un proceso de descubrimientos; que nuestras expresiones referenciales designan segmentos de realidad y siempre los mismos segmentos con independencia de lo que puedan creer los hablantes; que dichos segmentos de realidad permanecen necesariamente idénticos a sí mismos a través de los cambios que puedan acontecerles; y que su naturaleza la descubren los científicos. Sin embargo, las cosas no tienen por qué ser así: nuestras intuiciones ordinarias realistas no tienen por qué ser intuiciones filosóficamente recomendables. De hecho, nuestras intuiciones ordinarias son sólo una determinada teoría sobre el mundo, el lenguaje y el conocimiento y, por ello, no deberían gozar de ningún privilegio filosófico especial.

Desde un punto de vista antirrealista, es posible detectar dos presuposiciones semánticas injustificadas en el planteamiento de Kripke¹². De una parte, Kripke presupone, sin explicar, la noción de referencia, no ofreciendo además una teoría empírica satisfactoria de cómo se transmite la referencia de las expresiones lingüísticas; de otra, Kripke cometería una falacia modal al pretender explicar la identidad de las entidades en función de alguna propiedad esencial de las entidades. Pues bien, si Kripke está equivocado en ambas cuestiones, entonces, en buena línea antirrealista, ya no será necesario aceptar el mundo como un mundo de propiedades ni la existencia de propiedades esenciales; tampoco, la existencia de verdades necesarias *a posteriori*, ni el conocimiento como un proceso de descubrimientos.

Empecemos por el problema de la referencia. Kripke acertadamente nos recuerda que una de las funciones básicas de las palabras consiste en denotar entidades. Este recordatorio, sin embargo, tiene en Kripke otro propósito: frenar las consecuencias indeseables que para el realismo tiene el operacionalismo lingüístico, ya que un análisis de este estilo aplicado a conceptos de masa y de clases naturales puede comportar la tesis de que dichos términos varían de significado y de referencia con el desarrollo histórico y científico a través de los cambios de paradigma y de marcos conceptuales. Por ejemplo: en la antigüedad «agua» y «oro» podían significar cosas diferentes y tener distintas extensiones, ya que algunos especímenes considerados como agua y oro podían no ser H₂O, o no tener 79 de número atómico¹³.

¹² En este sentido, señalemos que no es intención de Kripke ofrecer una teoría del significado. En realidad, aunque no niega que exista una dimensión lingüística más allá de la referencia, su interés se centra en esta última. Por ello, no sería acertado ensayar una crítica haciendo sólo hincapié en la cuestión de si la suya es o no una correcta teoría del significado: como no hay tal teoría, mal podríamos pretender demostrar que es incorrecta. El interés exclusivo hacia la referencia y el desinterés respecto del significado es una actitud que Putnam comparte claramente con Kripke. Para Putnam, deberíamos concienciarnos de que la noción de significado o de intensión se ha hecho pedazos.

¹³ Estas consideraciones semánticas es lo que habría detrás de la tesis kuhniana de la inconmensurabilidad de las teorías científicas y también detrás del anarquismo epistémico de Feyerabend [vid., p.e., Kuhn, T. S.: *La estructura de las revoluciones científicas* (1962), FCE, México, 1971; Feyerabend, P. K.: *Contra el método* (1970), Ariel, Barcelona, 1974]. Para esta cuestión vid. Putnam, H.: *Meaning and the moral sciences*, Routledge & Kegan Paul, London, 1978, pp. 18 y ss.

Pues bien, en contra de este operacionalismo, Kripke afirmaría:

(a) Que la extensión del término «agua» no ha variado, pese a que la identificación del agua con la estructura química H_2O sea un hecho reciente: «agua» siempre habría designado el mismo tipo de entidad-masa. Así, si con anterioridad a Dalton alguna entidad era identificada como agua porque satisfacía alguna definición operacional sin ser H_2O , entonces esa entidad no deberá ser contada como miembro de la extensión de «agua». Y no es sólo que nosotros no aceptaremos tal identificación; tampoco aquellos hablantes la aceptarían si les fuese comunicado que el agua es H_2O , ya que muchos errores fatales podrían haberse evitado.

(b) Que la extensión del término «agua» sería inmune a cualquier tipo de fracaso en nuestras definiciones operacionales. Imagínese, por ejemplo, que en determinada situación se nos informa que cierta entidad que no calma la sed, que no apaga el fuego, que no se encuentra en ningún río, lago, o tubería de servicio doméstico, que no cae del cielo como lluvia y que no es un líquido, no obstante, es agua porque su estructura es H_2O . En un caso como éste deberíamos aceptar que tal entidad, pese a todo, es agua.

Sin embargo, y en contra de Kripke, podría preguntarse todavía por qué en tales casos deberíamos seguir utilizando el término «agua». Bien podría haber ocurrido, de ser cierta la posibilidad presentada en (a), que con la aparición de la química nuestro viejo concepto de agua se hubiese escindido en dos conceptos diferentes: uno restringido al agua que, de hecho, es H_2O ; y otro aplicado al agua que no es H_2O , pero que responde a nuestras definiciones operacionales. Dicho de otra manera: lo que fue antes de las actuales intensiones y extensiones de nuestros términos no es otra cosa que intensiones y extensiones más primitivas. Y ello no quiere decir que, por primitivas, las anteriores tengan que ser necesariamente diferentes a las

actuales; pero tampoco que tengan que ser necesariamente las mismas. En realidad, puede haber pasado de todo: cada caso es cada caso. Ahora bien, de esto adicionalmente lo que se seguiría es la implausibilidad de la teoría causal entendida como una explicación empírica de la manera como se mantienen las extensiones a lo largo del tiempo, ya que no tiene por qué darse una continuidad¹⁴.

Así las cosas, podríamos decir que a partir de las investigaciones que realizan los científicos las extensiones de nuestros términos quedan nuevamente fijadas: esta vez al interior de un nuevo marco conceptual distinto del correspondiente a su uso ordinario. Esta solución, claro está, no favorece a los propósitos de una teoría como la kripkeana: por una parte, sin romper la continuidad entre lenguajes naturales y lenguajes científicos, no exige una continuidad en las extensiones ni en las intensiones; por otra, convierte los actos de fijación de las extensiones en actos estipulativos e internos a lenguajes específicos -p.e.: la química daltoniana. Y con ello tendría sentido afirmar que si bien para la química todos los líquidos que son H₂O son agua, no todos los líquidos que son agua desde nuestras definiciones ordinarias serán H₂O¹⁵.

¹⁴ Vid. C. U. Moulines: *Pluralidad y recursión. Estudios Epistemológicos*, Alianza Editorial, Madrid, 1991, pp. 152-164; también, Ayer, A. J.: *La Filosofía del siglo xx* (1982), Crítica, Barcelona, 1983, pp. 305-306. Aunque el análisis de Ayer está dirigido contra la teoría causal defendida por Putnam, sería aplicable igualmente a la formulación kripkeana.

¹⁵ Putnam, recientemente, ha defendido al unísono un internalismo ontológico y un externalismo semántico. Con ello, se ha distanciado de las posiciones esencialistas de Kripke, aceptando de éste último únicamente lo que denomina una interpretación minimalista en función del carácter índice de los términos referidos a clases naturales y fenómenos físicos. Buen exponente de la distinta posición de Putnam es el hecho que analice la categoría de «lo posible» abarcando: a) el rango de las situaciones autoconsistentes, y b) las convenciones que usamos en nuestro lenguaje para describir estas situaciones. Para Putnam, ahora, un término como «agua» designaba rígidamente (índice) cierto segmento de realidad, aunque la determinación de cuál sea su naturaleza es algo interno a nuestros marcos conceptuales en uso. Por ello, en su opinión, cabría decir: que es epistémicamente concebible que el agua no sea H₂O, aunque es no es químicamente posible que el agua no sea H₂O; y que carece de sentido afirmar que el agua con necesidad metafísica es H₂O. (Vid., Putnam, H: «Is Water Necessarily H₂O?», en *Realism with a Human Face*, Harvard Univ. Press, 1992; *The many faces of realism*, Open Court, La Salle, Illinois, 1987).

Con todo, los problemas no acaban aquí. Como decíamos antes, Kripke presupone, sin explicar, la misma noción de referencia. Efectivamente, afirmar que la extensión viene fijada por la cosa misma, sin ser relevante el conocimiento de los hablantes o el uso del término que pretendemos introducir, hace que el bautismo inicial adquiera visos de conjuro mágico: como un sacramento, pretende fijar la referencia imprimiendo carácter a la expresión lingüística correspondiente¹⁶. Consideremos otra vez nuestro ejemplo. De acuerdo con Kripke, «agua» y «H₂O» son dos Ds.rs., es decir, ambas expresiones designan sus referentes no a través de sus posibles intensiones, sino mediante el mero hecho de ser su D.r. Y, esto, incluso en el caso de «H₂O», el cual es el D.r. de H₂O, no por expresar la unión de dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno, sino por ser simplemente su D.r., pues su contenido descriptivo es irrelevante. Ahora bien, entonces ¿cómo es posible que las expresiones «agua» y «H₂O» sean, respectivamente, el nombre de un líquido y el de una molécula? ¿No deberíamos disponer ya de mucha información sobre lo que son y lo que hacen los líquidos y las moléculas para poder identificarlos y bautizarlos lingüísticamente? Y lo que es más importante: ¿no deberíamos tener presente la manera natural de reaccionar de los seres humanos, la cual nos permite discriminar líquidos de otras entidades y, dentro de los líquidos, líquidos con diversas características, tal que uno de estos líquidos primero lo habríamos caracterizado como «agua» y más tarde, de la mano de la química, como «H₂O»? Digámoslo a la wittgensteiniana, el bautismo inicial kripkeano no consigue explicar lo que se propone porque presupone lo que pretende negar. Por contra, las prácticas bautismales, si han de ser efectivas han de presuponer, de una parte, el tipo de reacciones naturales propias de los seres humanos y, de otra, el juego

¹⁶ Para este tipo de consideraciones críticas, vid. Gareth Evans: «The Causal Theory of Names» (1973), en S. P. Schwartz (ed.), *op. cit.*, pp. 192-215; Dummett, M.: «El carácter social del significado», en *La Verdad y otros enigmas* (1978), y Wiggins, D.: «Putnam's Doctrine of Natural Kinds Words and Frege's Doctrines of Sense, Reference and Extension: Can they Cohere?», en More, A. E. (ed.), *Meaning and Reference*, Univ. Press, Oxford, 1993, pp. 192-207.

del lenguaje o el marco conceptual en el que tienen lugar; o dicho epistémicamente: han de presuponer lo que sabemos del objeto a bautizar: por ejemplo, de qué tipo de entidad se trata¹⁷.

Así, podríamos decir que la semántica de Kripke, circunscribiéndose al análisis de la relación *nomen-nominatum*, no explica cómo el signo que hace de *nomen* es capaz de aislar e identificar el *nominatum*. Y esto precisamente es lo que hay que explicar. En realidad, Kripke estaría haciendo una consideración estrictamente formal de las expresiones referenciales, la cual, pudiendo ser válida para lenguajes de la lógica no lo es para los lenguajes naturales o los de la ciencia. Las expresiones referenciales de estos últimos no son nombres puros o, sí se quiere, nombres lógicamente propios. Y en este caso, como se acaba de decir, sólo con el concurso de nuestras maneras de reaccionar a la realidad y la consideración del lugar que ocupan dentro del lenguaje o de los marcos conceptuales donde aparecen, las expresiones nominales son capaces de aislar, identificar y referir entidades.

Y esto último sería también importante respecto de las propiedades esenciales. Una propiedad es o no es esencial no en función del objeto o del fenómeno mismo, sino respecto del marco conceptual en que nos situemos, es decir, no lo sería *de re* sino *de dicto*. Pues bien, no es ésta la posición de Kripke. Su concepción de lo que es una propiedad esencial depende de su análisis de la identidad necesaria. Y dado que ésta viene definida como una identidad transmundana, entonces la propiedad esencial de una entidad es independiente de lo que

¹⁷ Vid., por ejemplo, Wittgenstein, L.: *Cuadernos Azul y Marrón*, Tecnos, Madrid, 1976, pp 27 y ss.

Esta crítica todavía sería correcta aunque otorgásemos, como hace Quine, un papel relevante a la ostensión. Y lo sería por dos razones: a) la ostensión en Quine juega un papel decisivo sólo respecto de las oraciones ocasionales, las cuales tomadas holofrásticamente carecen de carga teórica y tienen como substrato tendencias naturales innatas de respuesta a estimulaciones sensoriales; b) Wittgenstein, negando el valor de la definición ostensiva, jamás negó la existencia del aprendizaje ostensivo, el cual también tendría como substrato la naturaleza humana. Por ello, me parece acertada la solución del Prof. Blasco de considerar la identificación como un nivel previo a la descripción, teniendo en cuenta que aquí la identificación está guiada por la misma praxis humana y no, como en Kripke, por una actitud contemplativo de las supuestas propiedades esenciales del mundo. (Vid., Blasco, J.L.: «La identificación de individuos», en *Revista de Occidente*, Madrid, septiembre de 1974, pp. 237-251).

sepamos de dicha entidad, e independiente también del marco conceptual en que nos situemos. Según Kripke, toda entidad es necesariamente idéntica a sí misma en todo mundo posible, y lo es gracias a la propiedad esencial que la define, es decir, posee una identidad *de re*. He aquí por qué Kripke concluye, como antes veíamos, que si hay identidad entre dos Ds.rs.-es decir, si los dos Ds.rs. designan la misma entidad-, entonces el enunciado que la expresa será un EIN¹⁸.

El razonamiento de Kripke, no obstante, merece dos observaciones críticas: En primer lugar, presupone la noción de identidad. En ningún momento nos dice en qué consistirá la identidad para cada tipo de objeto concreto: la suya es una caracterización meramente formal, equivalente al principio lógico de identidad, que sólo afirma que cada objeto es idéntico a sí mismo. Sin embargo, no parece que sea posible hablar de identidades de forma no específica; por contra, cada tipo de entidad tendrá su tipo de identidad. En segundo lugar, Kripke trata la identidad como parafraseable en términos de poseer una idéntica propiedad: todo objeto es necesariamente idéntico a sí mismo por poseer una propiedad que necesariamente es idéntica a sí misma a lo largo de todos los cambios que puedan acontecerle. Ahora bien, de esta manera, Kripke convierte la cuestión de la identidad de las entidades en la cuestión de la identidad de las propiedades. Y esta maniobra a los ojos del antirrealista representa una falacia modal: del hecho de que un objeto sea idéntico a sí mismo, no se sigue que dicho objeto posea una propiedad que sea idéntica a sí misma a través de todo cambio. En este sentido, y en contra de Kripke, necesitamos apelar a las estipulaciones que seguimos en nuestras explicaciones de la identidad. Si estipulamos para ciertos propósitos que X es idéntica a sí misma si y sólo si posee la propiedad A -es decir, si consideramos A como la propiedad esencial de X-, entonces

¹⁸ El argumento de Kripke es el siguiente: a) $(x) (y) (x = y) \supset (Fx \supset Fy)$; b) $(x) N (x = x)$; c) $(x) (y) (x = y) \supset [N (x = x) \supset N (x = y)]$, y d) $(x) (y) [(x = y) \supset N (x = y)]$. Con palabras: (a) si dos objetos son idénticos, entonces poseerán las mismas propiedades; (b) todo objeto es necesariamente idéntico a sí mismo; (c) si dos objetos son idénticos, entonces dado que el primero es idéntico a sí mismo, al poseer la mismas propiedades, también el segundo será idéntico al primero, y (d) para cualesquiera dos objetos que sean de hecho idénticos, entonces serán necesariamente idénticos.

habremos establecido bajo qué condiciones necesarias y suficientes debemos considerar X como idéntica a sí misma. Esto, sin embargo, sólo tendrá los efectos esperados dentro de los propósitos aceptados: sólo bajo una determinada estipulación *de dicto* de la identidad de X. Lo que no habremos hecho, por contra, es ofrecer un criterio de identidad *de re* para X, es decir, un criterio de X en sí misma. Ahora bien, esta capacidad de establecer identidades *de re* podría ser interpretada de dos maneras diferentes: o bien como una praxis puramente convencional de los seres humanos, o como una capacidad que descansa en las discriminaciones de identificación y reidentificación de entidades que se derivan de las maneras naturales de reaccionar de los seres humanos. El antirrealismo no es una teoría monolítica: caben en su seno diversas posibilidades. Y, como veremos acto seguido, es posible construir un antirrealismo puramente convencionalista -el irrealismo o ficcionalismo de Goodman- o un antirrealismo realista basado en las reacciones naturales de los seres humanos, tomadas como límite de la reflexión filosófica, como es el caso del realismo sin empirismo del último Wittgenstein.

Pues bien, y en resumen, si las críticas presentadas al argumento de Kripke son válidas, entonces, como decíamos antes, no tenemos por qué aceptar sus conclusiones de realismo esencialista. Kripke, en el fondo, estaría haciendo uso de una teoría de la referencia y de la identidad que no hace justicia a la manera como el lenguaje y el conocimiento están en relación con la realidad no-lingüística. Esta relación, a diferencia de lo que este autor parece pensar, no sería una correlación fragmentaria entre unidades lingüísticas y entidades o fenómenos diferenciados *per se* ahí fuera en el mundo; de hecho, sólo bajo ese supuesto, dichas entidades y fenómenos tendrían una identidad *de re* y se encontrarían a la espera de ser nombrados y descubiertos por el lenguaje y el conocimiento humanos.

EL IRREALISMO NOMINALISTA DE N. GOODMAN

A diferencia de Kripke, Goodman sí se plantea abiertamente el problema de la objetividad del conocimiento. En su opinión, el mundo se disuelve en versiones o, mejor, que distintas versiones dan lugar a distintos mundos. Y ello sin implicar que cualquier versión irrestrictamente pueda ser válida, pues sólo versiones correctas pueden dar lugar a mundos bien contruidos. Podría dar la impresión así que Goodman estuviera apostando por alguna especie de relativismo; sin embargo, en su opinión, no es éste el caso. Por el contrario, lo que él denomina irrealismo consiste básicamente en hacer de la ontología y, en concreto, del concepto de mundo algo evanescente: se trata de dejar de pensar el mundo bajo las categorías de la unicidad, la mismidad y la totalidad¹⁹.

El relativismo, en opinión de Goodman, es en realidad una manera ingenua de explicar la existencia de distintas versiones o de distintos mundos, o de intentar explicar las contradicciones que pueden producirse respecto a un enunciado dado. Nada se consigue, como pretende el relativista, al relativizar el valor de verdad de un enunciado a un marco de referencia determinado o a una versión concreta, pues esta estrategia sólo traslada el problema a la cuestión del valor de verdad de las distintas versiones. Y ésta es precisamente, según Goodman, la cuestión que debemos evitar. Por contra, no hay contradicciones entre distintas versiones, porque para ello sería preciso la existencia de un único y mismo mundo. Sin

¹⁹ Vid., Goodman, N.: «The way the World is» (1960), en *Problems and Projects*, The Bobbs-Merill Co. Inc. , Indianapolis and New York, 1972, pp. 24-32; *Maneras de hacer mundos* (1978), Visor, Madrid, 1990, pp. 28 y ss., y 149 y ss., y *Of mind and Other Matters*, Harvard Univ. Press, 1984, pp. 29-53.

embargo, no siendo esto así, los conflictos desaparecen: las distintas versiones son verdaderas de mundos distintos o, mejor, una versión será verdadera en algunos mundos y falsa en otros. En definitiva: no existe el mundo único, sino una multiplicidad indeterminada de mundos, tantos como versiones correctas podamos construir.

Ahora bien, con ello Goodman no pretende que esta existencia de múltiples mundos sea una existencia en el espacio y el tiempo. Y no lo es porque el mundo espacio-temporal sólo es una versión más entre otras. No existe, por tanto, el mundo como unidad, pero tampoco como totalidad. El mundo no es lo que abraza e incluye todos los posibles submundos que pudiesen resultar de nuestras versiones: no hay características del mundo que sean independientes de toda versión, pero tampoco hay una versión omniabarcadora de las restantes versiones que las reduzca a una versión unitaria. En realidad, en su opinión, no existe el mundo, pues si hay muchos mundos, entonces no hay ninguno. Se trata, en definitiva, de pensar contra la tradición que nace con Parménides, y comprobar cómo el monismo, el pluralismo y el nihilismo se funden entre sí, pues el mundo se ha evaporado. Pero además con esta nueva manera de plantearse la ontología, piensa Goodman, la epistemología sale ganando: ya no ha lugar ni para el realismo ni para el relativismo irresponsable que hace verdadera cualquier afirmación; tampoco para la resignación escéptica de que el mundo sea nouménico e incognoscible. En contra de estas posibilidades, Goodman propone una vacilación juiciosa, consistente en adoptar diferentes versiones o mundos en función de nuestras necesidades contextuales, pues sólo éstas pueden hacer recomendable la elección²⁰.

²⁰ Podemos comprobar aquí cuánto debe el planteamiento de Goodman al que defendieran los positivista lógicos. Por ejemplo, Carnap, con su distinción entre cuestiones internas y externas, consideraba que la pregunta de cómo es la realidad en sí misma constituía un absurdo metafísico, pues se trata de un interrogante externo al conocimiento. Por el contrario, lo único legítimo sería preguntarse con qué entidades nos compromete cada marco lingüístico. A su vez, sería en función de necesidades de tipo práctico como habría que decidir la aceptación de una concreta ontología. No habría aquí justificación teórica posible: sería un sinsentido apelar a la correspondencia con la realidad. Ahora bien, Carnap incluía dentro de lo decidible también nuestro lenguaje y ontología ordinarios. Y esto es precisamente lo discutible, pues, como veremos, éstas no son opciones que nos

Llegados a este punto, tres son las cuestiones que Goodman afronta para hacer plausible su irrealismo: a) explicar cuál es la diferencia entre mundo y versión; b) explicar qué significa para una versión ser correcta y para un mundo estar bien construido, y c) explicar qué status tendrá un constituyente básico de una versión correcta o de un mundo bien construido. Respecto a la primera cuestión, la respuesta es bastante simple: hacer mundos debe entenderse como una creación verbal o, en un sentido más amplio, y no olvidemos que Goodman tiene un gran interés por los lenguajes del arte, como una creación simbólica. No se trata, por tanto, de una creación material, sino de una categorización y estructuración simbólica. Ahora bien, presentado de esta forma siempre cabe preguntar si no existe un mundo previo a categorizar o estructurar. La respuesta de Goodman es negativa: lo único anterior que hay a una versión dada es una versión más antigua que puede ser modificada por una nueva reestructuración, o puede ser abandonada por una nueva versión que, no obstante, contará con materiales de versiones anteriores.

La respuesta a la segunda cuestión -qué hace correcta a una versión y qué hace bien construido a un mundo-, como es de esperar, no apunta a alguna correspondencia con el mundo, ya que este último no existe. Pero tampoco a la coherencia, pues una versión incorrecta puede ser perfectamente coherente. Por contra, los criterios de corrección de una versión hay que buscarlos en sus rasgos epistémicos no-lógicos. Goodman, a este respecto, apela a la Inducción, ya que es en la validez predictiva de una versión donde encontraremos su corrección. Ahora bien, la validez predictiva, para Goodman, es una cuestión de ajuste (*fitness*) que se basa en el atrincheramiento de los conceptos en nuestras prácticas lingüísticas:

sean elegibles: son límites irremediables de nuestro conocimiento y acción. (Vid., Carnap, R.: «Filosofía y sintaxis lógica» (1935) y «Empirismo, semántica y ontología» (1950), en Muguerza, J. (ed.), *La concepción analítica de la filosofía*, Alianza, Madrid, 1981).

consideramos un predicado como proyectable al pasado o al futuro, si se encuentra bien atrincherado. No es, por tanto, una validez explicable en función de evidencias: las mismas evidencias podrían dar lugar a distintos razonamientos inductivos igualmente válidos. Por el contrario, hablar de atrincheramiento de conceptos es sólo hablar de inercia modificada por la invención, o de hábito y costumbre²¹.

Ahora bien, Goodman no se limita a hablar de versiones correctas también, en su opinión, podemos tratarlas de verdaderas. Esto, sin embargo, exige alguna aclaración. Como él mismo reconoce, no podemos igualar verdad y aceptabilidad, ya que la verdad tiene el rasgo de ser constante, mientras que la aceptabilidad puede ser algo momentáneo: incluso aquello que es

²¹ Veamos en detalle en qué consiste el análisis de la Inducción que lleva a cabo Goodman. Supongamos que hasta un determinado momento t se ha observado que todos los objetos que son A tienen también la propiedad de ser B : por ejemplo, que antes del año 2000 todos los objetos que son esmeraldas son verdes. Parece entonces razonable concluir que todas las esmeraldas -incluso aquellas que nos encontremos después del año 2000- serán verdes. Ahora bien, ¿resulta tan claro que estemos legitimados para ello? Goodman piensa que no, pues con la misma evidencia que disponemos para esperar que sean verdes también podríamos concluir que a partir del año 2000 las esmeraldas serán verdes. Si definimos el predicado «verdul» (*grue*) significando verde si es observado antes del año 2000 y azul si es observado después, entonces resulta claro que tanta evidencia poseemos ahora -en un $t < 2000$ - para afirmar que las esmeraldas son verdes antes y después del año 2000, como para afirmar que son verdes, es decir, para afirmar que las esmeraldas son verdes antes del año 2000 y azules después. Ahora bien, ¿por qué si el uso de los predicados «verde» y «verdul» descansan aparentemente sobre la misma evidencia tendemos a pensar que el uso del predicado «verde» está genuinamente apoyado por nuestras evidencias mientras el uso de «verdul» no lo está? Dicho de forma más genérica: ¿por qué unos razonamientos inductivos estarían más legitimados que otros? Como acabamos de indicar, Goodman apela a las nociones de proyectabilidad y atrincheramiento nuestros predicados: el uso de un predicado -o una generalización- es proyectable (*projectible*) de casos observados a casos no observados si este uso se encuentra atrincherado (*entrenched*) en nuestras prácticas lingüísticas. Con otras palabras: es en la historia de nuestras prácticas lingüísticas y cognoscitivas donde se encuentra la justificación de los razonamientos inductivos: si un predicado ha sido usado en el pasado exitosamente estaremos autorizados a seguir usándolo en el futuro. Así, es el atrincheramiento del predicado «verde» y no el del predicado «verdul» aquello que hace que el primero sea proyectable -que estemos justificados a proyectarlo- después del año 2000, mientras que el segundo no lo es. Alguien podría pretender solucionar el problema apelando al hecho de que mientras predicados como «verde» o «azul» corresponden a propiedades cualitativas genuinas observadas, predicados como «verdul» no corresponden a ninguna propiedad así especificable. Es decir, que son similitudes y diferencias ontológicas -similitudes y diferencias en el mundo- lo que subyace a la distinción entre razonamientos los inductivos legítimos y los injustificados: por ejemplo, alguien podría afirmar que hemos aprendido a usar «verde» a partir de ejemplos de verde, mientras que éste no el caso respecto «verdul». Goodman, sin embargo, no acepta esta solución: de una parte, porque las mismas cualidades observadas nos llevarían a poder usar tanto el predicado «verde» como el predicado «verdul»; en segundo lugar, porque de la misma manera como se ha definido anteriormente «verdul» en términos de «verde» y «azul», podríamos definir «verde» en términos de «verdul» afirmando que un objeto es verde si es verdul en t , siendo $t > 2000$ o, incluso, en términos de «azerde» (*bleen*), es decir, que un objeto sea verde podría significar que era azul antes de $t < 1000$ y verde posteriormente. [Vid. Goodman, N.: *Fact, Fiction and Forecast*, Harvard Univ. Press, Cambridge, 1955-, «Posicionalidad y cuadros» (1960) y «Seguridad, Fuerza y Simplicidad» (1961), en Nidditch, P. H. (ed.), *Filosofía de Ciencia* (1968), FCE, México, 1975, pp. 254 y ss.]

máximamente aceptable en un momento, puede convertirse después en inaceptable. Con todo, disponemos del concepto de aceptabilidad última, esto es, la aceptabilidad que no se pierde y que, por tanto, es tan firme como la misma verdad. Pues bien, según Goodman, esta aceptabilidad última es una condición suficiente de la verdad, aunque raramente podamos saber si se ha alcanzado en algún momento o cuando podrá alcanzarse. Y ya que aceptabilidad última implica validez inductiva y ésta una correcta categorización y atrincheramiento, entonces debemos considerar el hábito como un elemento constitutivo de la verdad. Dicho de otra forma: ya que hacemos mundos, el significado de la verdad reside en nuestras construcciones de mundos²².

Y pasemos ya a la última cuestión: ¿qué hay de los constituyentes básicos del mundo? Para Goodman, claro está, este interrogante debe entenderse desde el irrealismo preguntando: ¿cuáles son los constituyentes básicos de los mundos que construimos? Pero, además, su respuesta es estrictamente nominalista. Goodman no acepta una visión como la kripkeana: los particulares básicos no son propiedades. En realidad, esta negativa es lo que hay detrás de su análisis de la validez inductiva como atrincheramiento de conceptos: al no haber propiedades, los predicados no nombran propiedades y, por tanto, su uso exitoso y su proyectabilidad no

²² Como vemos, Goodman hace uso del concepto de aceptabilidad última para caracterizar el concepto de verdad. Sin embargo, su planteamiento difiere del defendido por Apel. Éste último, dicho *grosso modo*, hace del acuerdo de una comunidad ideal de argumentadores -la aceptabilidad última- una condición trascendental y *a priori* del lenguaje, del conocimiento y de la conducta moral. Para Goodman, por contra, se trataría de un concepto que, perteneciendo a nuestras prácticas lingüísticas y judicativas no desempeña el papel que aquel le otorga. Pero además, en su opinión, es que no podría desempeñarlo, ya que no está asegurada una aceptabilidad última -un acuerdo- entre versiones dispares: distintas versiones pueden comportar ontologías dispares y, en consecuencia, desacuerdos ineliminables en el valor de verdad de los enunciados a que pueden dar lugar. En este sentido, no resulta extraño comprobar que Apel eche mano del bautismo inicial kripkeano para explicar cómo la autodonación no interpretada del fenómeno -«lo fotografiable», en expresión de Apel- puede ser introducido indéxicamente en el lenguaje y en el conocimiento. Esto “fotografiable” posibilitara la evidencia fenoménica que es, dada la falibilidad de su interpretación lingüística, sólo una condición necesaria, aunque no suficiente, de la verdad, y que ha de ser completada y superada por la praxis argumentativa ideal. Por ello, lo fotografiable de Apel, en tanto que da cumplimiento empírico a las pretensiones epistémicas funcionaría como aquel terreno común de la experiencia que permitiría, idealmente, llegar a acuerdos. (Vid., Apel, K. O.: «Falibilismo, teoría consensual de la verdad y fundamentación última», en *Teoría de la verdad y ética del discurso*, Paidós, Barcelona, 1991, pp. 43 y ss.) Ni que decir tiene que nada semejante a lo fotografiable es aceptado por Goodman.

puede explicarse por la existencia de propiedades. Pero, entonces ¿qué clase de individuos serán los constituyentes de los mundos? Nominalistas los hay de diversas clases. Por ejemplo, un nominalista fisicalista puede aceptar la existencia de individuos entendidos como objetos físicos y, en consecuencia, aceptar clases de objetos físicos²³. No es éste, sin embargo, el nominalismo de Goodman: en su opinión, sólo podemos hablar de objetos físicos desde el interior de una determinada versión del mundo. Así pues, su nominalismo va más allá que el nominalismo fisicalista: permite considerar, en principio, a cualquier cosa como un individuo en función de la versión del mundo que utilicemos.

Podríamos decir que Goodman contempla los individuos bajo el modelo de los artefactos. Algo es un determinado artefacto si y sólo si es capaz, en determinado contexto, de realizar una determinada función, o si fuese capaz de realizarla bajo condiciones normales de funcionamiento y uso. Así, algo podrá considerarse como un determinado artefacto si satisface las definiciones operacionales correspondientes. En consecuencia: no son propiedades esenciales las que definen los individuos, sino propiedades relacionales²⁴. Volviendo a nuestro ejemplo: un líquido será agua no por poseer la supuesta propiedad esencial de ser H₂O, sino por instanciar determinadas propiedades relacionales, es decir, por satisfacer las definiciones operacionales que una específica versión instituye respecto del término «agua»²⁵.

²³ Este sería el caso, por ejemplo, de Quine, quien no aceptando las propiedades sí acepta las clases, pues no teniendo las primeras criterios claros -criterios extensionales- de identidad, las segundas sí que los poseen. [Vid., p.e., Quine, W. V.: «Géneros naturales», en *La relatividad ontológica y otros ensayos* (1969), Tecnos, Madrid, 1974, pp. 147-176.]

²⁴ Por ejemplo: algo es un cuchillo no por instanciar la propiedad «ser cuchillo», sino por cumplir con la función que tienen asignados los cuchillos: cortar cierto tipo de objetos en determinados contextos. Claro que un cuchillo puede estar romo y no cortar; en este caso, sin embargo, diríamos que lo es, pese a no estar en condiciones normales de uso. Es más, un cuchillo puede estar romo en determinados contextos o mundos, mientras no estarle en otros. Esto tampoco afectaría a la definición operacional de cuchillo, pues «estar romo» no es un predicado que designe una propiedad esencial, sino que tiene también una definición operacional y, por tanto, contextual. Así, mientras que una hoja de papel, en determinados contextos, podría ser categorizada como un cuchillo -las hojas de papel pueden cortar nuestra piel-, un cuchillo de cocina podría no cortar un conjunto de hojas de papel.

²⁵ Uno de los ejemplos recurrentes de Goodman a este respecto es el de las constelaciones y las estrellas. En su opinión no sólo las constelaciones son creaciones humanas a partir de nuestros esquemas conceptuales, sino que

No es difícil entender que la concepción del- conocimiento que se sigue de estas tesis es radicalmente distinta a la que vimos en el caso de Kripke. Si, para aquel, el conocimiento tenía como objetivo el descubrimiento de las propiedades esenciales que constituyen el mundo, para Goodman carece de sentido preguntarse por el mundo considerado en sí mismo. En opinión de este último, toda pregunta sobre lo que hay es interna a las versiones que podamos ir construyendo y, por ello, sólo la agudeza de nuestra intuición creadora y un aumento de la amplitud de nuestra comprensión serían los resortes sobre los que pivotaría el conocimiento. Se trataría, sin embargo, de una creación y comprensión dirigida no a la verdad, sino a la invención de todo tipo de ajustes, es decir, a la creación de versiones correctas.

Pasemos, ahora, a la valoración del planteamiento de Goodman. En la presentación de este escrito, calificamos su irrealismo como una posición cercana al ficcionalismo. Y, sin duda, lo parece. ¿Acaso no propone que abandonemos el concepto de mundo en favor de la actividad de hacer mundos? Sin embargo, es posible que lo que Goodman se propone abandonar sea más de lo que, de hecho, nos sea posible prescindir. Y ello, pese a que le asistan buenas razones para el abandono que propone. Así, llevando razón en su denuncia del realismo metafísico, podría

también lo serían las estrellas. Esto, sin duda, puede parecer extraño: podemos aceptar que las constelaciones son un tipo de objetos artificiales -artefactos-, ya que dependen de las convenciones más o menos arbitrarias -esto es, de las propiedades relacionales que usamos para agrupar estrellas; sin embargo, esto último no parece que sea aplicable al caso de las estrellas, las cuales, por contra, parecen gozar de total inmunidad respecto de las convenciones humanas -las estrellas parecen estar ahí fuera por sí mismas. Podría decirse, así, que los géneros naturales -y «estrella» sería un ejemplo- poseen unos límites bien precisos. Sin embargo, las cosas no son tan fáciles: también los géneros naturales tienen diversos grados de arbitrariedad. Pensemos, por ejemplo, que el agua real nunca es, de hecho, H₂O; o que los seres humanos a lo largo de la cadena de la evolución tienen rasgos genéticos que devienen borrosos; o, por último, en que, siendo una estrella una nube de gas brillante a causa de las reacciones termonucleares que se producen en su seno, no obstante habrían casos indecibles respecto a si una nube de gas brillante es o no una estrella. Así, debemos reconocerle a Goodman que incluso las estrellas, de alguna forma, son constructos convencionales. Pero, igualmente, debemos enfatizar que la conclusión de Goodman es exagerada. Del hecho que conceptos como «agua», «estrella» o «ser humano» tengan una carga convencional no se sigue que sean totalmente convencionales o, por decirlo a su manera, que el agua, las estrellas y los seres humanos sean constructos convencionales. Aquí, como luego se verá, es necesario no olvidar el proceso de formación de nuestros sistemas de conceptos y de nuestro conocimiento: en este sentido, la humanidad habría ido creando los conceptos de «estrella», «agua» y «ser humano», en parte, convencionalmente y, en parte, como respuesta a la realidad a la que ella misma pertenece.

ocurrir que Goodman no tuviese razón en su impugnación total del realismo. Goodman no se limita a afirmar que no haya manera alguna de conocer el mundo que no forme parte ya de una teoría o de una versión del mundo: de hecho, esta idea la podrían suscribir la gran mayoría de los realistas metafísicos²⁶. Por el contrario: lo que Goodman no acepta, como buen antirrealista, es que la cuestión que se interroga sobre cómo es el mundo en sí mismo tenga significado. En realidad, se trataría de una insensatez filosófica. Y, en consecuencia, tampoco tiene sentido defender la unicidad del mundo ni la unicidad del conocimiento ideal del mundo que es lo que define al realismo metafísico. Sin embargo, hay algo en su planteamiento que es oscuro para nuestras intuiciones realistas: que invoque el concepto de aceptabilidad última como una condición suficiente de la verdad y, a la vez, que defina esta aceptabilidad en función de la validez inductiva, ajuste, correcta categorización, proyectabilidad, atrincheramiento y hábito. Y son afirmaciones oscuras porque nada resulta más intuitivo que afirmar que algo debe haber más allá del lenguaje y del conocimiento que tenga incidencia sobre nuestros conceptos y creencias. De no ser así, ¿cómo explicar que poseamos conceptos tan útiles como los de agua y de H₂O? o ¿cómo explicar que el agua sea H₂O antes y después del año 2000? Dicho de otra forma: de no aceptar que la realidad existe más allá de nuestra praxis y que es eficaz sobre nuestro lenguaje y conocimiento -p.e.: bien causalmente o bien haciendo verdaderas o falsas nuestras pretensiones cognoscitivas- no parece posible explicar cómo una versión es más correcta que otra o que un mundo está mejor construido que otro.

Pero no sería ésta la única insuficiencia del planteamiento de Goodman. En su opinión, como ya se ha dicho, distintas e incompatibles versiones pueden ser correctas ya que no lo serían del

²⁶ Sin ir más lejos los que no acepten que se encuentre al alcance humano el conocimiento de la realidad en sí misma: por ejemplo, Kant al dejar tal conocimiento en manos de la intuición divina; Popper quien creía posible que nos encontrásemos ante dicho conocimiento sin saberlo; de igual forma, el escepticismo místico o el relativismo radical que negarían la posibilidad de dicho conocimiento, A su vez, los que no aceptarían tal idea serían los representantes del realismo esencialista -p.e., Kripke- ni los realistas de sentido común, pues para todos

mismo mundo: en el fondo, distintas versiones dan lugar a mundos distintos. Se trata de su negativa a aceptar la unicidad como categoría ontológica. Ahora bien, esto es lo discutible, ya que podemos aceptar que haya diversas versiones incompatibles, pero no aceptar que existan diversos mundos. Con otras palabras: podemos afirmar que distintas versiones incompatibles y verdaderas lo son respecto de la misma realidad. Y aquí, no obstante, y como acto seguido veremos, realidad o mundo no deben entenderse en el sentido del realismo metafísico, sino como la realidad configurada y descrita al interior de nuestras reacciones naturales y por el sistema categorial de nuestro lenguaje ordinario irrebasable²⁷.

UN TERTIUM QUID RAZONABLE: REALISMO SIN EMPIRISMO

La sospecha que acabamos de formular hacia el irrealismo de Goodman viene a parar en lo siguiente: si todo nuestro acceso a la realidad ya es un acceso mediatizado por alguna versión y si, además, no tiene sentido el concepto de la realidad en sí misma, entonces el problema de la objetividad del conocimiento se resuelve en la pregunta de por qué nuestro conocimiento es tan eficaz. Ahora bien, si esto es así, entonces parece inexcusable que nos preguntemos por el proceso de formación de nuestros sistemas de conceptos y sistemas de creencias. Y si no queremos caer en brazos de algún idealismo, esta cuestión debe tener en cuenta la eficacia

ellos es posible el conocimiento humano de la realidad en sí misma: para unos, en tanto que propiedades descubribles desde la ciencia; para los otros, en tanto que un mundo de cacerolas, elefantes y bocadillos.

²⁷ Para esta objeción vid. PUTNAM, H.- *Cómo renovar la filosofía* (1994), Cátedra, Madrid, 1994, pp. 162 y ss. Y, por su puesto, también se podría afirmar que si hay diversas versiones incompatibles resulta ininteligible que sean, no obstante, verdaderas. Se podría, así, afirmar que siendo igualmente válidas en función de determinados fines prácticos, con todo no pueden ser todas verdaderas a la vez, ya que, de acuerdo con la leyes de la lógica, los enunciados incompatibles no pueden ser, a la vez, verdaderos. (Para una defensa de esta posición vid. Davidson, D.: «The very Idea of Conceptual Scheme», en *Inquires into Truth and Interpretation*, Oxford Univ. Press, 1985).

causal de la realidad, donde el concepto de realidad también incluirá la propia naturaleza humana. Y esto es justamente lo que Goodman descuida.

Un autor que sí vio esta necesidad fue el Wittgenstein maduro. En su opinión, era necesario apelar a la bondad que los hechos -los hechos de la naturaleza humana y de la naturaleza en general- hacen, en tanto que causas, a nuestros sistemas de conceptos y a nuestras creencias inductivas. Con todo, el de Wittgenstein era un naturalismo débil: ni conceptos ni creencias podrían explicarse filosóficamente a partir de estos hechos, ya que los hechos naturales son causas, pero no razones que permitan deducir nuestros conceptos y creencias. De acuerdo con Wittgenstein, el conocimiento humano se encuentra conceptualmente unido a las reacciones naturales de los seres humanos, ya que crece a partir de éstas últimas las cuales precisamente son un límite irrebable en nuestro conocimiento del mundo. Así, tanto nuestra identificaciones de entidades, entidades masa, clases naturales, individuos, fenómenos físicos y mentales, etc.- como las cuestiones relativas a su identidad, descansan en nuestra manera natural de reaccionar. Y no en el sentido que se trate de reacciones a una realidad ya estructurado independientemente de nosotros -no son reacciones a una realidad que alguien ya haya conocido-, porque de ser así el realismo metafísico se introducida otra vez. Por el contrario, son las mismas reacciones naturales de los seres humanos las que configuran el cómo de la realidad; y no podemos ir más allá, es decir, no podemos separar el cómo de la realidad de nuestras capacidades de reaccionar. Volviendo al ejemplo del agua, nuestra identificación del agua no sólo depende de nuestra capacidad de detectar y discriminar líquidos, sino que es nuestra capacidad de detectar y discriminar líquidos la que nos permite decir que existen líquidos y que existe el agua. Es más: nuestra identificación del agua como H_2O también depende de nuestra capacidad de establecer diferencias -p. ej.: entre H_2O y H_2O_2 o, mejor todavía, de nuestra capacidad de reaccionar de diversas maneras que los químicos han

categorizado y explicado en función de elementos químicos, moléculas, etc. En suma: no tendría sentido hablar de entidades, identidades y diferencias independientemente de nuestra capacidad de detectarlas y discriminarlas porque precisamente es nuestra capacidad de detectarlas y de discriminarlas la que da pie a establecerlas. Dicho en términos wittgensteinianos: la esencia se expresa en la gramática²⁸.

Un planteamiento de este estilo, que Wittgenstein denominó “realismo sin empirismo”²⁹, tiene dos consecuencias importantes. En primer lugar, y dado que las esencias se expresan en la gramática, nuestra praxis lingüística se nos presenta como un límite irrebalsable respecto del conocimiento. Y éste es el lugar de nuestros compromisos ontológicos realistas: el mundo es lo que conocemos y de lo que hablamos. En segundo lugar, esta praxis lingüística no es sólo una praxis simbólica, también es una realidad social y natural que forma parte del mundo. Por ello, el mundo no es algo que construyamos simbólicamente, como le gustaría decir a Goodman; pero tampoco algo que esté *ahí fuera* a la espera, como pretende el realista metafísico. Por el contrario, el mundo es tanto nuestra praxis como aquello en que se ejerce la praxis que somos, y ambas cosas, sin duda, son aquello que conocemos y de lo que hablamos. Por este motivo, los resultados gramaticales y epistémicos de nuestra praxis, pese a no ser deducibles de nuestra realidad natural y de la realidad natural en que ésta se ejerce, no obstante, tampoco les son indiferentes. Podríamos decir que nuestro lenguaje con sus compromisos ontológicos realistas es una cristalización de la historia natural y social de la humanidad y, así, un límite irrebalsable, nuestra forma de vida irrebalsable.

²⁸ Vid., Wittgenstein, L.: *Investigaciones Filosóficas* (1949), UNAM/Crítica, Barcelona, 1988, #371 y ss., y 2.ª Parte, Cap. XII; *Zettel* (1967), UNAM, México, #331-#338; *Sobre la Certeza* (1979), Gedisa, Barcelona, 1988, #474, #558, #615-#618.

²⁹ Vid., Wittgenstein, L.: *Observaciones sobre los fundamentos de la matemática* (1978), Alianza, Madrid, 1987, VI, #23.

Ahora bien, se trataría de un límite irrebalsable en expansión en función de nuestras maneras cada vez más sofisticadas de discriminar y de identificar. Ilustremos esta situación con la metáfora de la vieja ciudad que usa Wittgenstein para iluminar la naturaleza del lenguaje: «*una maraña -nos dice- de callejas y plazas, de viejas y nuevas casas, y de casas con anexos de diversos períodos; y esto rodeado de un conjunto de barrios nuevos con calles rectas y regulares y con casas uniformes* »³⁰. Así, y en tanto que la ciencia demuestra su eficacia o, si se quiere, en tanto que la realidad así lo exige, ¿por qué no aceptar la existencia de moléculas como H₂O con la misma tranquilidad con que aceptamos la existencia del agua? Sin embargo, este realismo no iría en contra del antirrealismo: al no tratarse de un realismo metafísico puede ser compatible con él y limitarse a afirmar que el valor de verdad y la significación de enunciados como «el agua es H₂O» dependen de nuestro estado de conocimientos y de las evidencias a su favor o en su contra. Y ello sin necesidad de caer en manos del verificacionismo. La realidad excede la praxis lingüística y cognoscitiva humana y ello tiene como consecuencia que no es posible equiparar valor de verdad de nuestros enunciados con las evidencias que en un momento determinado tendríamos a su favor ya que es la realidad -desde luego, la realidad conocida al interior de nuestra praxis- la que, no obstante, los hace verdaderos o falsos.

Como vemos, estas conclusiones explicarían por qué nuestras intuiciones ordinarias son realistas: el realismo es un compromiso ontológico de nuestra praxis. Pero también, pondrían de manifiesto algo más. De entrada, que la interpretación que el realismo metafísico hace de estas intuiciones es filosóficamente exagerada: como diría Wittgenstein, se trata de una ilusión ya que le falta el juego de lenguaje donde pueda aplicarse. Y, en segundo lugar, que el antirrealismo entendido sólo como una manera de analizar la verdad y la significación de los

³⁰ Vid. Wittgenstein, L.: *Investigaciones Filosóficas*, #18.

enunciados verdaderos puede dejar inexplicado nuestro compromiso realista, si comete la exageración de analizar sólo formalmente nuestro conocimiento. El antirrealismo, por tanto, si desea ser una posición aceptable no deberá hacer ascos a una comprensión del proceso de formación de nuestro conocimiento; tampoco a la eficacia epistémica de la realidad, entendida ésta, claro está, no como realidad en sí misma, sino como la realidad conocida al interior de la praxis natural y social de los seres humanos